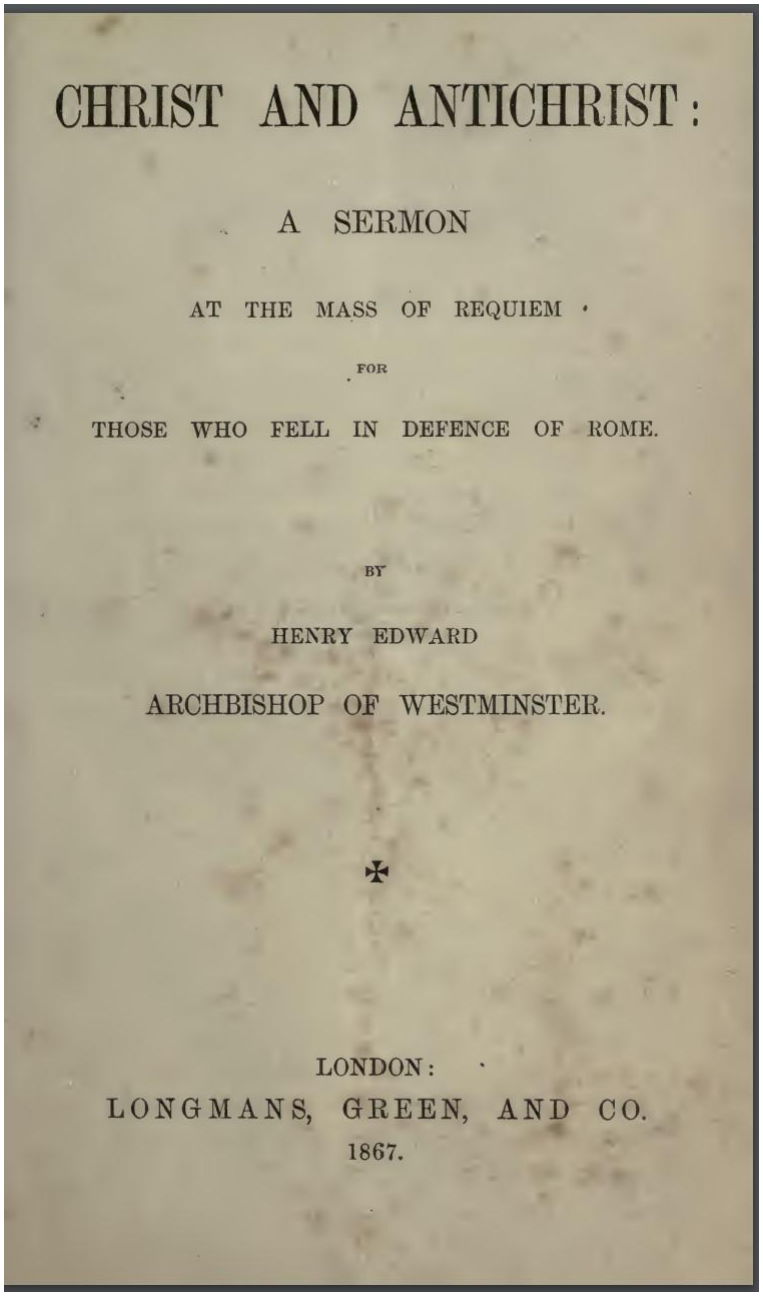
CRISTO Y EL ANTICRISTO: UN SERMÓN EN LA MISA DE RÉQUIEM EN APOYO DE LOS QUE CAYERON EN DEFENSA DE ROMA.

BT HENRY EDWARD MANNING
ARZOBISPO DE WESTMINSTER

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL por la Sra. Bettina Galo.
Reproducir y copiar SIN USO COMERCIAL.



CHRIST AND ANTICHRIST:

A SERMON

AT THE MASS OF REQUIEM

FOR

THOSE WHO FELL IN DEFENCE OF ROME.

BY

HENRY EDWARD

ARCHBISHOP OF WESTMINSTER.

✠

LONDON:
LONGMANS, GREEN, AND CO.
1867.

LONDRES: LONGMANS, GREEN Y CÍA.
1867.

https: //dn790002.ca.archive.org/0/items/a591762800mannuoft/a591762800mannuoft.pdf

TRADUCCIÓN al Español: Bettina Galo
Autorizado su uso SIN PERMISO PARA COMERCIALIZACIÓN.

CRISTO Y EL ANTICRISTO.
Nosotros, los necios, consideramos su vida como locura y su fin sin honor.

He aquí, ellos son contados entre los hijos de Dios, y su suerte está entre los santos. SABIDURÍA, v. 4-5.

Vendrá un día que revertirá los juicios confiados de los hombres. En ese día, "los primeros serán los últimos y los últimos los primeros".

Los sabios de este mundo serán necios, y los necios de este mundo, sabios.

Los locos de este mundo serán los herederos de uno mejor. No nos sorprende que, día tras día, se prodigan insultos bajos, cobardes e irracionales sobre los hombres de corazón noble que han entregado gozosamente sus vidas por el Vicario de Jesucristo.

Yo rompería la paz de esta hora si repitiera los insultos crueles y amargos que se les han lanzado.

Echarían a perder la fragancia de este santuario.

Por lo tanto, examinaré la causa por la que cayeron y apelaré de sus acusadores anónimos a un tribunal que rara vez es injusto con el amplio y tranquilo sentido común de los ingleses y con los instintos más nobles y elevados de los cristianos.

Los muertos por cuyo descanso ofrecemos hoy el Santo Sacrificio fueron muertos en batalla por la defensa de la sagrada persona del Vicario de Jesucristo, de su autoridad legítima sobre la ciudad que, bajo la providencia de Dios, él y sus predecesores han mantenido, por martirio, sufrimiento y soberanía, durante 1.800 años; por la libertad de su persona y oficio como Cabeza de la Iglesia Universal, por su suprema tutela de la fe y la ley de Jesucristo, en las que toda la cristiandad tiene su interés vital; y finalmente, por los derechos y libertades espirituales de todo el mundo católico.

Si es locura o bajeza morir por una causa así, ¿qué causa es santa, qué causa es gloriosa?

Si el mundo llama a esos hombres mercenarios, todo el mundo cristiano los honrará como mártires; y esperaremos la sentencia del Juez ante el cual no hay apelación.

Hubo un tiempo en que toda la cristiandad occidental consideró noble y glorioso presentarse voluntario en armas para defender el Santo Sepulcro de los poderes del mahometismo.

¿Por qué no es igualmente noble y glorioso defender al Vicario de Jesucristo, la libertad, la pureza de la Iglesia misma de una revolución anticristiana?

Si fue un acto de caballería cristiana defender las fronteras de la cristiandad, ¿por qué no es a la vez cristiano y caballeresco defender su cabeza y centro?

Si fue un coraje noble luchar y caer por la libertad cristiana y la pureza de las almas y de los hogares amenazados por el mahometismo, ¿cómo es innoble y mercenario defender a la Iglesia cristiana en el centro de su libertad, pureza y vida, contra la violencia de hombres que han proclamado blasfemamente su odio al cristianismo y han manchado las ciudades de Italia con impureza y sangre?

Si una guerra por la justicia es sagrada, y si todos los cristianos pueden legalmente y con dignidad ayudar a sus hermanos de todas las naciones y morir por una causa así, ¿cómo puede una mano cristiana escribir nombres de infamia sobre ellos?

Apelo a la conciencia cristiana y a la justicia cristiana de los ingleses contra semejante deformación del juicio.

Digo de los ingleses porque los corazones y las conciencias de los irlandeses ya están heridos y ardiendo por esta violación de cada instinto de su fe.

Pero quizá se nos diga que Roma es la capital de Italia. Nosotros lo negamos. Roma no es la capital de Italia. Es la capital de la cristiandad. Dios la ha hecho así y el hombre no puede deshacerla. Todas las naciones cristianas tienen derecho a ella. Italia tiene su parte en Roma, como la tiene Francia y todos los demás pueblos católicos; y ni más ni menos. Pero Roma está en Italia, y los italianos hablan una sola lengua. La geografía y el idioma no crean derechos. Si así fuera, Canadá se anexaría con justicia a los Estados Unidos. América del Norte, una y unida, no se haría hasta que hubiera incorporado a Canadá a su unidad nacional de idioma y geografía. España puede decir lo mismo de Gibraltar, Italia de Malta y las razas de la India en sus diversos límites de territorio e idioma. A esta portentosa teoría del nacionalismo respondemos que es una negación de toda verdadera justicia nacional e internacional, la fuente del cisma en la religión y de la revolución en la política. Hasta que el cisma del siglo XVI rompió la unidad de la Europa cristiana, esta teoría de la confusión nunca fue conocida. Una unidad superior y una ley superior unían a las naciones del mundo cristiano y consagraban la autoridad de los Estados.

Pero quizá se nos diga que Roma es la capital de Italia.
Lo negamos. Roma no es la capital de Italia. Es la capital de la cristiandad. Dios la ha hecho así y el hombre no puede deshacerla. Todas las naciones cristianas tienen derecho a ella. Italia tiene su parte en Roma, como la tiene Francia y todos los demás pueblos católicos, y ni más ni menos. Pero Roma está en Italia y los italianos hablan una sola lengua. La geografía y el idioma no crean derechos. Si así fuera, Canadá se anexaría con justicia a los Estados Unidos. América del Norte, una y unida, no se haría hasta que hubiera incorporado a Canadá a su unidad nacional de idioma y geografía. España puede decir lo mismo de Gibraltar, Italia de Malta y las razas de la

India en sus diversos límites de territorio e idioma. A esta portentosa teoría del nacionalismo respondemos que es una negación de toda verdadera justicia nacional e internacional, la fuente del cisma en la religión y de la revolución en la política.

Hasta que el cisma del siglo XVI rompió la unidad de la Europa cristiana, esta teoría de la confusión nunca se conoció. Una unidad superior y una ley superior unían a las naciones del mundo cristiano y consagraban la autoridad de los Estados, al tiempo que protegían las libertades y los derechos del pueblo. Como cristianos y como católicos, nos negamos a romper la unidad de la cristiandad en aras de la unidad de Italia y a sacrificar el orden cristiano y sobrenatural del mundo a las "aspiraciones nacionales" de ningún pueblo.

Durante los últimos treinta años, la doctrina de las nacionalidades y de la no intervención se ha predicado con una sutileza y una confianza que ha seducido a muchos y ha dejado atónitos a otros más.

Los hombres han tenido miedo de levantar la cabeza contra la reivindicación del derecho de una nación a hacer revoluciones.

La doctrina que la Reforma protestante utilizó como cuña para separar a las naciones de la unidad de la Iglesia se ha aplicado desde entonces como palanca para derribar tronos y destruir los derechos internacionales.

Ahora se esgrime para derribar la Santa Sede. Se nos dice que la unidad más alta y última en la tierra es la unidad de una nación; que cada nación puede aislarse tanto en religión como en política a voluntad; y que la no intervención es un deber recíproco y universal de todas las naciones entre sí.

Contra este sistema de supremacía nacional, anticristiano e inmoral, protestamos en nombre de la cristiandad. Hay una unidad superior a la unidad de cualquier nación, en la que está ligado el bienestar de todas las naciones: la unidad del mundo cristiano.

El mantenimiento de esta unidad, en su cabeza y centro, en su orden y leyes de justicia y cooperación nacionales, es el interés más alto de todas las naciones y la garantía de sus deberes y derechos recíprocos.

Inglaterra se aisló del mundo cristiano en religión hace trescientos años, y su actual actitud de aislamiento político es el resultado inevitable; de la misma manera, Rusia está separada de Europa por su cisma, y su cisma dicta su política. Prusia todavía está unida a medias al mundo católico. Las demás naciones de Europa son, en su mayor parte, o en su totalidad, miembros de la unidad católica. No es posible para ninguna de ellas reclamar la exención rusa o inglesa de la responsabilidad nacional hacia una unidad superior, sin renunciar a su carácter católico.

Esto, en una hora mala, Italia ha sido atraída, provocada, tentada a hacer. Y en una hora mala ha escuchado. Ha reclamado la capital de la cristiandad por un voto de su

Parlamento como capital de Italia. Pero el mundo católico no se someterá a esta usurpación; y Francia, no como Francia, sino como mandatario de las potencias católicas, ha derrotado y derrotará la usurpación y protegerá el centro de la unidad católica y la cabeza del mundo católico. Ésta es nuestra respuesta. La unidad de la cristiandad no dejará paso a la unidad de Italia.

Por esta causa cayeron estos valientes hombres. Y, sin embargo, no lucharon contra la Monarquía de Italia. Se enfrentaron cara a cara con una horda anticristiana, de la que el Rey de Italia renegó.

Unos diez mil hombres de todas partes de Italia y de muchos otros países, armados y organizados, sin la autoridad de la ley pública y en violación directa de la misma, invadieron los Estados de la Iglesia.

Hicieron una guerra privada en nombre de la Revolución Roja.

Esta horda estaba dirigida por el hombre que en 1848 manchó a Roma con sangre inocente y el otro día exigió el derrocamiento de la religión cristiana como algo esencial para el bienestar del mundo.

Iban a Roma para destronar no sólo al Pontífice, sino a Jesucristo. Dios no ha permitido que se perpetrara semejante atropello. Mientras nosotros rezábamos, día tras día, en la Santa Misa y ante el Santísimo Sacramento; mientras en Roma las familias rezaban a primera hora de la noche las letanías de nuestra Santísima Madre, con una invocación a San Pedro y San Pablo para la protección de la ciudad; el jefe de la revolución, con su líder en todo su prestigio, fue aplastado y barrido del Patrimonio de la Iglesia por un golpe tan repentino y tan completo que no quedó en el campo de batalla ni un vestigio, excepto los muertos, los heridos y las armas de los invasores. Los hombres interpretarán este acontecimiento de otra manera.

Algunos no verán en ello más que una batalla y una victoria. Nosotros vemos en ello también una respuesta a la oración y un acto del poder de Dios. Ha salvado una vez más la cabeza y el centro del cristianismo del ultraje y el sacrilegio; y aquellos que dieron sus vidas en defensa del cristianismo pueden contarse entre los mártires. Pero sobre ese campo de matanza y de huida se cierne un vestigio como de un paño mortuorio. Los infelices que cayeron con las armas en sus manos levantadas contra el Vicario de Jesucristo fueron regenerados en el bautismo, y una vez iluminados por la fe, y miembros de la Santa Iglesia Católica. En la niñez habían hecho su primera confesión y primera comunión como lo hiciste tú. Pero alguna terrible ilusión de Satanás y las trampas de las sociedades secretas los cegaron y los enredaron.

Quisiera decir: Padre, perdónalos, ¡no saben lo que hacen! Pero ¿cómo podrían ignorar su pecado?

Pero ¿cómo podrían ignorar su pecado? En muchos hogares hay luto por ellos y lamentamos su miseria, pero nuestras lenguas están atadas y nuestros pensamientos

suspendidos. Nuestros corazones sólo pueden ascender en secreto a la perfección infinita de la misericordia divina.

He dicho que aquellos por quienes oramos no cayeron ante la Monarquía italiana, pero hay profundidades en estos acontecimientos que no podemos sondear. Los ejércitos del Rey de Italia no desarmaron ni obstaculizaron a los invasores. Estaban obligados a hacerlo, pero no lo hicieron.

Entraron en el Estado Romano en la retaguardia de la revolución y esperaron su éxito. No sé cómo interpretar esta conducta, pero sé cómo se habría interpretado en Inglaterra si los ejércitos de los Estados Unidos no hubieran reprimido a las bandas armadas que hace un año, desde su frontera, amenazaron a Canadá; más aún, si hubieran avanzado en la retaguardia de los merodeadores para retener para la Unión Americana lo que podría ser tomado con éxito por la fuerza. Un proceder así no sería innoble porque Gran Bretaña sea fuerte, ni sería noble porque el Papa sea débil.

Las aspiraciones nacionales de Italia por Roma no son más legítimas que las aspiraciones nacionales de la Unión por Quebec. Italia no tiene más derechos sobre Roma que sobre Dresde o París. Roma está protegida por un derecho de soberanía tan sagrado contra la usurpación y la ambición de Italia como Viena o Madrid. Los soberanos no pierden sus derechos por estar en la vecindad de potencias más fuertes. Si la proximidad, la geografía y la unidad de lengua constituyen un derecho para que las potencias más grandes absorban a las más débiles, entonces Bruselas puede ser anexada legalmente por Francia y Amsterdam por Alemania. Hemos ayudado y alentado en voz alta a Italia en esta política de usurpación.

Hemos prodigado sobre ella "el apoyo moral" de los artículos editoriales, y cosecharemos el fruto de nuestros trabajos.

Es una extraña simplicidad la que pretende preguntarse por qué Francia habría hecho una Convención cuando retiró su protección a la Santa Sede; y por qué la habría rodeado con "un cordón moral", reservándose el derecho de intervención.

Lo hizo porque la Santa Sede es para Francia y para el mundo católico un centro en el que tienen derechos supremos y vitales; y colocó la seguridad de la Santa Sede dentro de la misma defensa que protege a nuestras personas y propiedades de los ladrones y asesinos: la justicia y la conciencia de los hombres cristianos, la ley pública de la cristiandad, respaldada por un poder supremo que "no lleva la espada en vano".

No tengo ninguna duda de que quienes aconsejan a Italia moderación "por el momento" y mantienen la esperanza de que Roma vuelva cuando Pío IX se vaya a descansar, se creen sinceramente hombres sabios y equitativos.

También se nos dice que los signos de los tiempos son suficientes para mostrar que Pío IX es el último Pontífice que ostentará un cetro temporal. Algunos hombres leerán incluso las Sagradas Escrituras al revés. También pueden invertir los signos de

los tiempos. Esos signos indican más bien que mientras exista un mundo cristiano, el Pontífice será Soberano. Si el mundo apostatase del cristianismo, entonces tal vez Dios lo azotaría con el cumplimiento del deseo de su corazón.

Pero es bueno que sepan que el mundo católico, ni ahora ni en el futuro, ni a la muerte de Pío IX, ni en ningún otro momento, cederá ni una sombra del derecho inalienable de los Soberanos Pontífices a la capital de la cristiandad; ni por un momento tolerará que se le niegue su propio derecho y deber supremos de intervenir para la protección de la Santa Sede.

El cordón moral de la justicia y el orden siempre estará a su alrededor; y el derecho de ejecución nunca se apartará del mundo católico. En los días de Pío IX, es Francia sola la que ha ejecutado la voluntad de la cristiandad; en los días de su sucesor puede ser una liga de poderes católicos, o la fuerza de doscientos millones concentrada y puesta en acción por alguna organización futura que dé expresión y efecto a su voluntad.

Durante veinte años, las sediciones anticristianas de todo el mundo han tenido como objetivo el derrocamiento de Roma, la destrucción del Poder Temporal primero, y del Poder Espiritual después. Odian mucho al Poder Temporal, pero odian más al Poder Espiritual. Piensan que si fuera posible destruir el Poder Temporal, los Pontífices serían perseguidos o sometidos. Un Papa sometido a una Supremacía Real reduciría la Supremacía Espiritual al absurdo; y la burla sería un arma más aguda y mortal contra el cristianismo que la persecución.

Por eso, con este fin, todos los espíritus de la revolución anticristiana se han unido contra Roma. Han envenenado la opinión pública de Europa contra ella mintiendo o pervirtiendo verdades, que son las peores de las mentiras.

Han engañado e influido en los gobiernos, han azuzado el fanatismo popular, han pintado al gobierno de Roma con los colores más oscuros y falsos, han organizado en secreto una propaganda de sedición para disgustar, alienar y aguijonear a los súbditos de la Santa Sede al descontento y la rebelión.

Finalmente, cuando el pueblo de Roma no quiso rebelarse, ni aceptarlos como libertadores, ni morder el cebo de la sedición, las hordas revolucionarias de todos los países entraron en armas en el Estado romano. Se proclamó de inmediato el levantamiento y la insurrección del Estado romano.

La invasión extranjera desempeñó el papel de insurrección interna. Se ha utilizado todo acto para seducir u obligar a la población pacífica a levantarse. Gobiernos provisionales, comités revolucionarios, peticiones firmadas por miles imaginarios, plebiscitos, proclamas, conspiraciones en Roma, obuses lanzados entre los habitantes leales, conspiraciones de la pólvora, minas bajo los muros; todo se ha intentado, pero todo ha sido en vano. Al final, movidos por una indignación justa, demorada, por la paciencia cristiana, demasiado tiempo, los soldados y protectores de la Santa Sede aplastaron y dispersaron las bandas ilegales de la revolución.

Fue un acto justo y noble para los católicos de todos los países barrer las sediciones, conspiraciones y ultrajes armados de los invasores extranjeros* del Patrimonio de la Iglesia. Si los incrédulos de otros países, agrupados en sociedades secretas, tienen derecho a tramar el derrocamiento del Soberano Pontífice, los fieles de otras naciones tienen igualmente un derecho justo y perfecto, en abierta y legítima formación, a defender su causa.

para defender su persona y su trono. Si la revolución invade su
Estado, el mundo católico tiene derecho a hacerlo. Los agresores extranjeros pueden ser destruidos con justicia por tropas extranjeras. Y, sin embargo, ninguna potencia católica es ajena a la koiné.

Todo católico tiene derecho en la Santa Sede y en la ciudad donde Dios lo ha colocado. La teoría de la no intervención no tiene aplicación en este caso. La no intervención puede ser una política de orden natural; pero debe limitarse a la esfera de la política y al respeto mutuo de los gobiernos civiles. Cuando se aplica a Roma, es un mero engaño para lograrlo.
enmascarar la pregunta.

Ninguna Potencia católica puede proclamar la política de no intervención cuando el Vicario de Cristo y Cabeza de la Iglesia católica está amenazado. Hacerlo sería renunciar al carácter y al nombre católicos.

Los gobiernos protestantes o cismáticos tal vez puedan proclamar la no intervención como su política, porque han perdido sus derechos en Roma. También pueden en sus teorías dividir el poder temporal del espiritual de los Pontífices.

Pero todos los católicos saben que estas cosas están providencialmente unidas para el ejercicio libre y pacífico de la misión de la Iglesia entre las naciones del mundo.

La intervención del pueblo francés para defender la persona y autoridad de Pío IX. contra la violencia externa, de cualquier nación, raza o gobierno que pueda provenir, sería, según todas las prescripciones del derecho internacional cristiano, un acto honorable, justo y noble.

¡Cuánto más cuando Francia ha intervenido contra una banda de invasores inmorales y sin ley, rebeldes a su propio gobierno y perturbadores de la paz del mundo cristiano! Con este acto, que es sólo uno más en el oficio tradicional de Francia de proteger el centro y cabeza de la cristiandad, se ha puesto a sí misma a la cabeza del orden cristiano, de la justicia cristiana, de la caballería cristiana del mundo. ¡Que Dios la mantenga firme e inflexible en esta noble misión sobre la tierra!

El mundo católico confirmará sus actos con la simpatía y el asentimiento de su corazón y de su conciencia. De este modo, Francia ha invocado sobre sí misma la enemistad, el desprecio y las injurias de facciones anticatólicas y anticristianas.

Pero se ha ganado la confianza y la simpatía de todos los hombres entre los doscientos millones de personas de todos los países que se niegan a ofrecer la unidad, el orden y la pureza sobrenaturales del mundo cristiano como homenaje a la tiranía del nacionalismo moderno, la La deificación del poder civil, el odio anticristiano contra la Iglesia de Dios. Dejemos que Francia se mantenga firme y podrá detener la plaga que devora la Europa cristiana.

Las oraciones de todos los hombres buenos ascenderán por ella. Estas cosas me recuerdan a otras personas más tristes y más cercanas a nosotros. Pero me abstengo de hablar de mi propio país.

Sin embargo, hay pensamientos más felices a los que recurro con gusto.

Los últimos acontecimientos han detectado y expuesto con una retribución terrible pero justa el vacío, la impostura, la falsedad, la vanagloria, la impotencia de la Revolución. La grandilocuencia, el misterio, la ubicuidad pretendida, engañan o distraen durante mucho tiempo a los amigos del orden.

Pero el velo se rasgó y el ídolo se rompió. El 1 de noviembre, el cabecilla de esta anarquía impía proclamó al mundo desde Monte Rotondo: "Yo aquí, el único general romano, con plenos poderes del único gobierno legítimo, es decir, de la República Romana, y elegido por sufragio universal, tengo el poder". Derecho a mantenerme en armas en este territorio de mi jurisdicción.

Antes de que saliera la luna en la noche del día 3, él y sus hordas fueron barridos, no por los soldados de la cristiandad, ni por los ejércitos de Francia, sino por el justo juicio de Dios, quien, en el Vicario de Su Encarnado. Hijo, lo había ultrajado y desafiado.

Así, pues, se ha barrido de Italia un gran escándalo y peligro. Año tras año han ido surgiendo en Italia los presagios de un día mejor. Ha sufrido mucho, y la sombra de un sufrimiento mayor que puede aún venir se proyecta sobre ella. Pero todavía hay tiempo y todavía hay esperanza. Italia es cristiana y católica.

La infidelidad y la revolución han atormentado y manchado a Italia, pero Italia no es ni revolucionaria ni infiel. De vez en cuando han surgido facciones a la superficie; y la mente y la voluntad tradicionales de Italia están confusas y paralizadas por un tiempo. Pero evidentemente están resurgiendo con vigor y control; y si sólo prevalecen los consejos sabios y cristianos, la mente cristiana de Italia volverá a estar en ascenso.

Entonces, y sólo entonces, podrá lograrse la reconciliación de Italia y Roma. Nunca hubo peor enemigo entre ellas que la Revolución Infiel. Cuando Italia vuelva al camino de sus antiguas glorias católicas, el corazón del mundo católico volverá a ella.

La amamos y veneramos como el suelo en el que están inscritas las mayores glorias de la Iglesia Católica y donde está divinamente colocada la Cabeza del mundo

cristiano. Aparte de estas prerrogativas, Italia no tiene ningún derecho a nuestra buena voluntad más allá de otras naciones; contra estas leyes supremas de la Providencia, Italia no tiene ningún derecho. Oramos para que toda la prosperidad temporal esté sobre ella, pero a condición de su fidelidad al orden y la unidad del mundo cristiano. Sólo queda un pensamiento más; una imagen que se eleva en nuestras mentes por encima de todo en calma, dignidad y grandeza: el Vicario de Jesucristo, inamovible en la confianza, inflexible en la justicia, el Padre de su pueblo. Contra él no se puede encontrar acusación alguna.

Muchos han dado testimonio contra él, pero sus testimonios no concuerdan entre sí. Nadie puede condenarlo por injusticia, crueldad, opresión, incluso por severidad legal. Se ha conspirado contra él y se lo ha traicionado; Pero ha perdonado a los conspiradores y traidores, para que se conspirara contra ellos y se traicionara de nuevo.

No ha tomado los bienes de nadie, ni siquiera la correa de un zapato. Nunca ha acosado a los pobres de su pueblo, ni los ha expulsado de los hogares humildes de sus padres, ni ha herido su conciencia en lo que es más querido para un pueblo católico.

La línea de los Pontífices es la única que representa la justicia y la misericordia en la historia y en la asamblea de los reyes. Solo una acusación contra él puede probarse. Es un sacerdote de Jesucristo. Se encuentran algunos hombres que piensan que esto es suficiente para justificar su destronamiento.

El mundo cristiano aún no es de su opinión. Tampoco lo eran estos corazones nobles que dieron su sangre vital, como millones de personas en todas las naciones están igualmente dispuestos a hacerlo en este momento, para prohibir este gran sacrilegio.

En aquel pequeño grupo había hombres de sangre noble, de memoria venerable, de alta cultura, luchando codo a codo con campesinos sencillos, de mano dura y corazón amplio, que, llenos de devoción, dejaban sus aldeas y sus hogares para defender al Vicario de nuestro Señor, y con mozos de diecisiete, dieciocho y diecinueve años, maduros en la fe y en la hombría de la caballería cristiana.

Estos eran los hombres que, abandonando el hogar y todo lo que la vida tiene mejor y más querido, fueron a tomar las armas como soldados rasos, sin salario y sin otra esperanza que la de defender la persona y la autoridad del Vicario de Cristo, y de derramar su sangre, si fuera necesario, en la guerra más justa y por la causa más santa. Dios ha aceptado esta ofrenda sólo de unos pocos; pero habrá padres, madres, hermanas, esposas, que llorarán sobre este féretro. Oraréis por los muertos, aunque la santidad de su causa casi lo prohíba, para que puedan entrar en el gozo de quienes, cara a cara, ven a Aquel por quien murieron.

Y podemos confiar en que sus lugares aquí serán ocupados diez veces, cien veces, para que la hombría y la caballerosidad de los católicos en todas las naciones broten con una nueva energía de devoción y se acerquen a la persona de Pío IX y de quienes

vendrán después de él, como un muro impenetrable de fuerza viva, contra el cual, si la violencia revolucionaria o el nacionalismo ambicioso se estrellan de nuevo en el futuro, puedan ser destruidos para siempre.

Este ultraje y su castigo advierten a todas las naciones del mundo cristiano y civilizado que deben velar por su propia seguridad. No es más que uno más de los estallidos de revolución anticristiana y antisocial que en el pasado han golpeado la cabeza y el centro de la cristiandad.

Pronto renovará su asalto. Ha sido total y amargamente frustrado, pero no nos engañemos con la esperanza de que sea aplastado o extinto. Volverá de nuevo. Sus hordas han sido expulsadas de la vista, pero se encuentran bajo el horizonte. Reformarán su formación y volverán en el futuro. Por lo tanto, tenemos necesidad de prepararnos más sólida y resueltamente que nunca. Podemos confiar en que tres cosas saldrán de esta ofensa contra el orden cristiano de las naciones, que casi ha hundido a Europa en la guerra.

Primero: que Francia declare a todos los que vengan y a todos los que puedan pretender dudar de ello, que la misión tradicional de mil años como Protectora de la Santa Sede no se relajará; que lo ejecutará en adelante, como lo ha hecho ahora, con decisión inflexible; que en todos los cálculos diplomáticos esto debe tenerse en cuenta; que, mientras otros hablan, Francia actuará.

En segundo lugar, que todas las naciones europeas tomen precauciones contra la renovación de estos peligros para su paz externa e interna. Las naciones católicas tienen un interés vital y omnipresente en la seguridad e independencia del Jefe de su religión. Las naciones no católicas tienen entre ellas tantos millones de hermanos y consúbditos católicos que su propio bienestar interno, así como su paz externa, están perpetuamente amenazados por estos ultrajes y escándalos. Es el interés más alto de todos proteger, mediante el derecho internacional y los compromisos recíprocos, la neutralidad y exención de Roma de todas las conspiraciones y conflictos políticos, y asegurar la independencia y dignidad del Jefe del mundo católico.

Por último, el ejemplo de esta noble sangre de Roma, de Francia, de Suiza, de Bélgica, de Holanda, de Irlanda, de Inglaterra y de otros países, que ha sido derramada generosamente, llama con voz de trompeta a la juventud de todo el pueblo católico a formar un círculo alrededor del Vicario de Jesucristo. Que el mundo considere su caballerosidad cristiana como una locura y su fin como una falta de honor.

Hay Uno que reina en los reinos de la luz por encima de este mundo oscuro que aceptará su reproche y, si así fuera, su sangre vital, como una ofrenda para Sí mismo.

FIN DE LA OBRA
Link al PDF original en Inglés.
https: //dn790002.ca.archive.org/0/items/a591762800mannuoft/a591762800mannuoft.pdf